

CHUCK WENDIG

LOS SONÁMBULOS



Una adolescente llamada Shana se despierta una mañana y descubre que su hermana pequeña sufre una extraña enfermedad.

Parece que se ha convertido en una sonámbula. Es incapaz de hablar y de despertarse, y se dirige con inexorable determinación a un destino que solo ella conoce. Pero Shana y su hermana no están solas. Pronto se les une una banda de sonámbulos procedente de todo Estados Unidos para realizar el mismo viaje misterioso. Como Shana, hay otros caminantes que siguen al rebaño de sonámbulos en un intento por proteger a sus amigos y familiares en el largo y oscuro camino que les espera. En su recorrido, descubrirán una América convulsionada por el terror y la violencia, donde esta nueva epidemia apocalíptica resulta menos peligrosa que el miedo a ella. A medida que el resto de la sociedad va derrumbándose a su alrededor y una milicia muy violenta amenaza con exterminarlos, el destino de los sonámbulos parece depender del hecho de desentrañar el misterio existente tras la epidemia.

Este aterrador secreto tanto puede destrozarse a toda la nación como bien unir a los supervivientes en su intento por rehacer un mundo devastado.

Para Kevin Hearne,
que es la amabilidad y la serenidad personifica-
das

Un área salvaje, a diferencia de esas en las que el hombre y su obra dominan el paisaje, se define por la presente como aquella en la que la tierra y su ecosistema no han sido afectados por el hombre, y en la que el hombre no es más que un visitante que no habita el lugar.

Ley de Áreas Salvajes, 1964

PRELUDIO

El cometa

Yumiko Sakamoto, la mujer que descubrió el cometa, tenía veintiocho años y era una astrónoma aficionada del pueblo de Kurashiki, en la prefectura de Okayama. Lo encontró de chiripa, ya que en realidad buscaba uno del todo diferente que se esperaba que chocase contra Júpiter.

Yumiko Sakamoto afirmó que el descubrimiento le había cambiado la vida. En una entrevista al periódico *Asahi Shimbun* comentó:

Hasta ahora me he centrado demasiado en las cuestiones materiales, como conseguir un buen trabajo o encontrar un buen marido, pero he renunciado a objetivos tan mundanos como el romance o mi carrera profesional. Volveré a la universidad y aprenderé más sobre el mundo y el cosmos que lo rodea, no para obtener beneficios económicos, sino porque la búsqueda de conocimientos es un objetivo noble de por sí.

Acto seguido proclamó su intención de empezar a formar parte de la comunidad asexual y arromántica de Japón, que cada vez era mayor. Sentía que el mundo ya estaba «superpoblado» y que no tenía por qué ponerle las cosas más difíciles engendrando descendencia.

El cometa, llamado Sakamoto en su honor, pasó a 0,1 UA (unidades astronómicas) de la Tierra el 2 de junio.

No era lo bastante cerca como para convertirse en un peligro, pero sí para contemplarlo a simple vista y que se uniese al grupo de grandes cometas, entre los que se encuentran los famosos Halley o Hale-Bopp.

Yumiko Sakamoto iba a comenzar sus estudios académicos el siguiente mes de octubre, pero no vivió lo suficiente para ello. Murió de un aneurisma cerebral la noche en que el cometa surcaba los cielos.

PRIMERA PARTE

La incubación

1

El primer sonámbulo

Los astrónomos aficionados tuvieron mucha suerte anoche, ya que recibieron el paso del cometa Sakamoto con cielos despejados y luna nueva. Los últimos tres grandes cometas habían sido el Lovejoy en 2011, el McNaught en 2007 y el famoso (¿o infame?) Hale-Bopp en 1997, que por supuesto dio lugar a la secta Heaven's Gate, cuyos miembros cometieron un suicidio en masa movidos por la creencia de que sería como hacer autoestop en la nave espacial extraterrestre que iba a pasar justo detrás del cometa. Están escuchando a Tom Stonekettle en Stonekettle Radio, 970 BRG.

El Show de Stonekettle Radio, 970AM WBRG, Pittsburgh

3 de junio, *Maker's Bell* (Pensilvania)

Shana estaba en pie y contemplaba la cama vacía de su hermana pequeña.

«Nessie se ha vuelto a fugar», fue lo primero que pensó.

La llamó unas cuantas veces. Después de que Nessie se hubiese quedado despierta hasta las tantas de la noche anterior para ver el cometa a través del telescopio cutre de papá, Shana supuso que la joven debía de seguir en la cama roncando como un oso. No estaba segura de dónde narices podía estar Nessie. Shana se había despertado hacía una hora para preparar los almuerzos, terminar la colada y sacar tanto la basura reciclable como la no reciclable

para llevarla al día siguiente en la camioneta, por lo que sabía que Nessie no estaba en la cocina. Tal vez estuviese en el baño de arriba.

—¿Nessie? —Se quedó en silencio y esperó—. ¿Nessie? Venga ya.

Pero no oyó nada.

Volvió a pensar.

«Nessie se ha vuelto a fugar».

En aquel momento no tenía mucho sentido, no como la primera vez que se había escapado.

Habían perdido a su madre, perdido de la manera más literal. Los cuatro habían ido a un supermercado y solo habían vuelto tres. Temían que alguien la hubiese secuestrado para hacerle daño, pero al cabo vieron gracias a las cámaras de seguridad del Giant Eagle que nadie la había secuestrado. Había salido por las puertas automáticas como si nada y desaparecido de sus vidas para siempre. Mamá se terminó por convertir en un enorme signo de interrogación que se les había clavado en la mejilla como si fuese un anzuelo.

Pero a Shana le había quedado claro que su madre ya no quería formar parte de sus vidas. Supo desde ese momento que iba a tardar mucho en hacerse a la idea, pero ese no fue el caso de Nessie, que aún no lo había conseguido. Nessie opinaba que había sido culpa de papá. Y quizá Shana también. Por eso, hacía casi dos años exactos, después de que se acabara el curso, Nessie preparó una mochila llena de comida en lata y agua embotellada (y algunas chocolatinas) y se fugó.

Encontraron a Nessie cuatro horas después bajo la marquesina de madera de la parada que había en Granger, resguardándose de una tormenta inesperada y temblando como un perrito perdido. Se había puesto a patallar y a dar manotazos cuando papá la intentó coger. Había sido como ver a un luchador intentando detener un tornado. Al final dio el brazo a torcer y papá le dijo:

—Si quieres fugarte, fúgate, pero si pretendes ir en busca de tu madre, que sepas que no creo que quiera que la encontremos.

Fue como ver un vaso de agua derramarse a cámara lenta. Nessie se desplomó en sus brazos y comenzó a llorar con tal desconuelo que solo era capaz de coger aire después de cada uno de esos sollozos exagerados. Le empezaron a temblar los hombros y metió las manos en las axilas, como si se abrazara a sí misma. La llevaron a casa, se pasó dos días durmiendo y luego retomó la vida cotidiana de manera lenta pero seguida.

Hacía ya dos años de aquello.

Pero ahora Shana no sabía por qué a Nessie se le ocurriría fugarse otra vez. La chica tenía quince años y no lo estaba pasando tan mal como Shana a su edad. Papá siempre decía que Shana había pasado una época de «adolescente total». Depresión, locura y hormonas, como un caballo que no parase de dar coces. Ahora Shana tenía casi dieciocho y ya estaba mejor. Más o menos.

Nessie tampoco estaba tan mal. No es que se hubiera convertido en una mujer lobo. Seguía feliz. Optimista. Los ojos le brillaban como una moneda de cinco centavos recién acuñada. Tenía un pequeño cuaderno en el que escribía todas las cosas que quería hacer (bucear con tiburones, estudiar a los murciélagos, tejerse sus propias pantuflas como hace..., como hacía mamá), todos los lugares a los que quería ir (Edimburgo, el Tíbet, San Diego) y todas las personas a las que quería conocer (la presidenta, un astronauta, a su futuro marido). Un día le había dicho a Shana:

—He oído que, si te quejas, tu cerebro se reprograma como si tuviese un virus de ordenador y empiezas a ser cada vez más infeliz, así que voy a ser positiva, porque estoy segura de que también funciona al revés.

El cuaderno estaba tirado en su cama vacía. Junto a la cama había una caja abierta: Nessie había recibido un pa-

quete por correo, algo de ciencias que había pedido. (Shana le había pedido prestada una pequeña probeta para guardar la hierba). Sus sábanas amarillas como narcisos estaban arrugadas como si hubiese dormido en la cama, y su almohada rosada aún tenía la marca de su cabeza.

Shana echó un vistazo al cuaderno. Nessie había empezado una nueva lista: «¿Trabajos que podrían gustarme?». En ella se leía: «Vigilante del zoo, apicultora, granjera de alpacas, fotógrafa».

¿Fotógrafa?, pensó Shana. Esa es la mía. Sintió cómo la bañaba una oleada de rabia. A Nessie se le daba bien todo. Si decidía hacer lo mismo que Shana, seguro que lo haría mejor y ella sería una torpe y se odiarían para siempre. (Bueno, no. Shana odiaría a Nessie. Nessie la querría de manera incondicional, porque su hermana era así).

Shana volvió a gritar su nombre.

—¿Ness? ¿Nessie?

Oyó el eco de su voz, pero nadie respondió. Joder.

Papá ya estaría en lo que él llamaba la «sala de ordeño» (decía que, si iban a formar parte del movimiento del queso artesanal de Pensilvania, tenía que empezar a llamar las cosas por su nombre, coño) y estaría esperando a Ness y Shana para que ayudaran en el tenderete que montaba junto a la carretera. Luego ordenaría a una de ellas que fuese al cobertizo del queso para comprobar la cuajada del Gouda o para quitar el agua de los azules, después mezclar el forraje, alimentar a las vacas y, joder, la veterinaria iba a venir ese día para echarles un ojo a las pobres ubres hinchadas y rojas de Belinda. Después...

Quizá Nessie se hubiese fugado por eso. Las clases ya se habían acabado, y las vacaciones de verano nunca eran tales: todo era trabajo, trabajo y trabajo. (Shana se preguntó si Nessie habría hecho lo correcto. A lo mejor ella también se fugaba. Aunque solo fuese un día. Podía llamar a su amigo Zig para que acudiese a buscarla en su

Honda, fumar algo de hierba, leer cómics, insultar a los estudiantes que se acababan de graduar...).

(Dios, tenía que salir de allí).

(Si no salía de allí pronto, se quedaría en la granja para siempre. Aquel lugar era como arenas movedizas).

Pero sabía que Nessie era demasiado niña buena como para haberse escapado otra vez, por lo que quizá se hubiera levantado antes que ella y ya estuviese en el tenderete. Menuda curranta. ¿Cómo se llamaba esa canción del viejo disco de REM que tenía papá? ¿*Shiny Happy People*? Pues esa era Nessie.

Shana ya había desayunado, por lo que fue a buscar el adaptador de objetivo macro para el móvil con el que hacía fotos de cosas que estaban muy cerca. Era como descubrir pequeños mundos, lo micro hecho macro. No tenía una cámara de verdad, pero estaba ahorrando para comprar una réflex digital algún día. Mientras, tendría que seguir usando el teléfono. Acaso encontrara algo en el establo o en la quesería que estuviese guapo para sacar fotos muy de cerca: óxido descascarillado, la aguja roja del termómetro o las burbujas y los cristales del queso.

Recordó dónde había dejado el adaptador la última vez: estaba sacándole fotos a una araña que colgaba de su ventana y la había dejado en el alféizar. Por lo que fue a buscarlo y...

Algo que había fuera le llamó la atención. Un movimiento en el aparcamiento. Lo primero que pensó fue que una de las vacas se había quedado suelta.

Shana se acercó a la ventana.

Había alguien fuera, caminando.

No. No era alguien.

Una colgada había recorrido la mitad del aparcamiento en pantalones de pijama y camiseta rosa. También descalza, al parecer. ¿Qué narices? ¿Nessie? Shana corrió a la cocina y se olvidó por completo del objetivo. Se puso las zapatillas lo más deprisa que pudo y corrió hacia la puerta

del porche trasero al tiempo que trastabillaba porque una se le había quedado mal puesta, pero enseguida le dio un buen pisotón con el talón y siguió corriendo.

Pensó en gritarle a su hermana pequeña, pero decidió no hacerlo. No había razón para llamar la atención de papá. Seguro que si descubría que aún no estaba en el tenderete les iba a largar un sermón de los suyos y el día ya había empezado con suficiente mal pie.

En lugar de eso, se limitó a correr por el aparcamiento mientras la gravilla crujía bajo sus zapatillas. Las vacas Holstein que había a la izquierda mugieron. Un joven ternero, que creía que era Moo Radley, se quedó mirándola con las patas torcidas mientras ella iba en busca de la lerdada de su hermana.

–Nessie –siseó–. ¡Oye, Nessie!

Pero Nessie no se dio la vuelta. Siguió caminando.

«Menuda gilipollas».

Shana trotó hasta ponerse delante de ella y plantó los pies como raíces.

–Por Dios, Nessie, pero qué carajo estás...

En ese momento vio los ojos de la chica. Estaban abiertos, pero su hermana tenía la mirada perdida. Era como si mirase detrás de Shana o a través de ella.

Eran como los ojos de un muerto, como las cabezas inmóviles de unos clavos muy grandes. Ya no brillaban ni tenían esa chispa tan natural en ella.

Nessie siguió caminando descalza. Shana no sabía qué hacer. ¿Apartarse? ¿Seguir plantada como un poste telefónico? La indecisión la obligó a hacer un poco de ambas cosas, se movió unos centímetros, pero aún seguía en el camino inevitable de su hermana.

El hombro de la chica la golpeó con fuerza, y Shana se tambaleó hacia la izquierda después de recibir el golpe. La carcajada que soltó era de sorpresa. Era una risa de molestia, un ladrido de incredulidad.

–Eso ha dolido, capulla –dijo al tiempo que la agarraba por el hombro y empezaba a zarandearla.

Nada. Nessie se zafó y siguió caminando.

–Nessie. Nessie.

Shana agitó una mano delante de los ojos de su hermana. La agitó, una y otra vez. En aquel momento empezó a pensar, se le ocurrió la idea improbable pero que podía ser cierta:

«Me está gastando una broma».

Pero Shana era la bromista, y los chistes del repertorio de Nessie eran tan malos que hasta papá torcía el gesto, y eso que los chistes malos le encantaban. Pero, por si acaso, levantó el dedo y le apretó la nariz como si fuese un botón.

–¡Bup! –dijo–. Te acabo de apagar, robotita.

Nessie no reaccionó. Ni parpadeó siquiera.

¿Había parpadeado en algún momento? A Shana le parecía que no.

Luego vio delante de ellas un gran charco de agua de lluvia y avisó a su hermana:

–Nessie, cuidado. Hay un...

Demasiado tarde. Nessie lo vadeó sin inmutarse. Plis. Plas. Metió los pies en el agua casi hasta los tobillos, pero no se detuvo ni por un instante, como si fuese un juguete al que le habían dado cuerda y solo pudiera caminar en una dirección.

Seguía mirando al frente.

Seguía avanzando.

Tenía los brazos rígidos en los costados.

Algo iba mal.

La idea impactó el corazón de Shana como si fuera un puño. Se le cerró el estómago y sintió cómo se le espesaba la sangre. Empezó a sentir miedo, pero de todas maneras intentó razonar consigo misma:

«Quizá solo esté sonámbula. Sí, seguro que es eso».

Vale, no. A Nessie nunca le había pasado algo así, pero quizá fuera la manera en la que su cerebro había decidido tratar con las hormonas que recorrían su cuerpo como caballos de carreras.

La cuestión era otra:

«¿Debo avisar a papá?».

Estaban a punto de llegar al final del aparcamiento, donde se encontraban la quesería y la lechería, construidas para parecer pequeños graneros rojos. El buzón también tenía la forma de un pequeño granero, pero este era azul (con la silueta de una vaca recortada en latón y colocada encima). Y después estaba la carretera.

La carretera.

Dios, si Nessie seguía caminando por la carretera y venía un coche...

Gritó para llamar a su padre. Aulló para avisarlo.

—¡Papá! ¡Papá!

Pero no recibió respuesta alguna. Puede que estuviera en la pastura o en el granero. Ir en su busca significaba dejar sola a Nessie...

Oyó cómo su cerebro simulaba el ruido de la rejilla del radiador de un camión al atropellar a su hermana y lanzarla por los aires. El crujido de sus huesos aplastados por las ruedas. Se mareó solo de pensarlo.

«No puedo ir a buscar a papá. Tengo que quedarme con ella».

«Esto no puede durar demasiado».

«Los sonámbulos siempre se despiertan».

«¿O no?».

Diez minutos. Habían pasado diez minutos. Nessie llegó al final del aparcamiento, giró como si siguiera un camino invisible y luego...

Siguió caminando, como si nada.